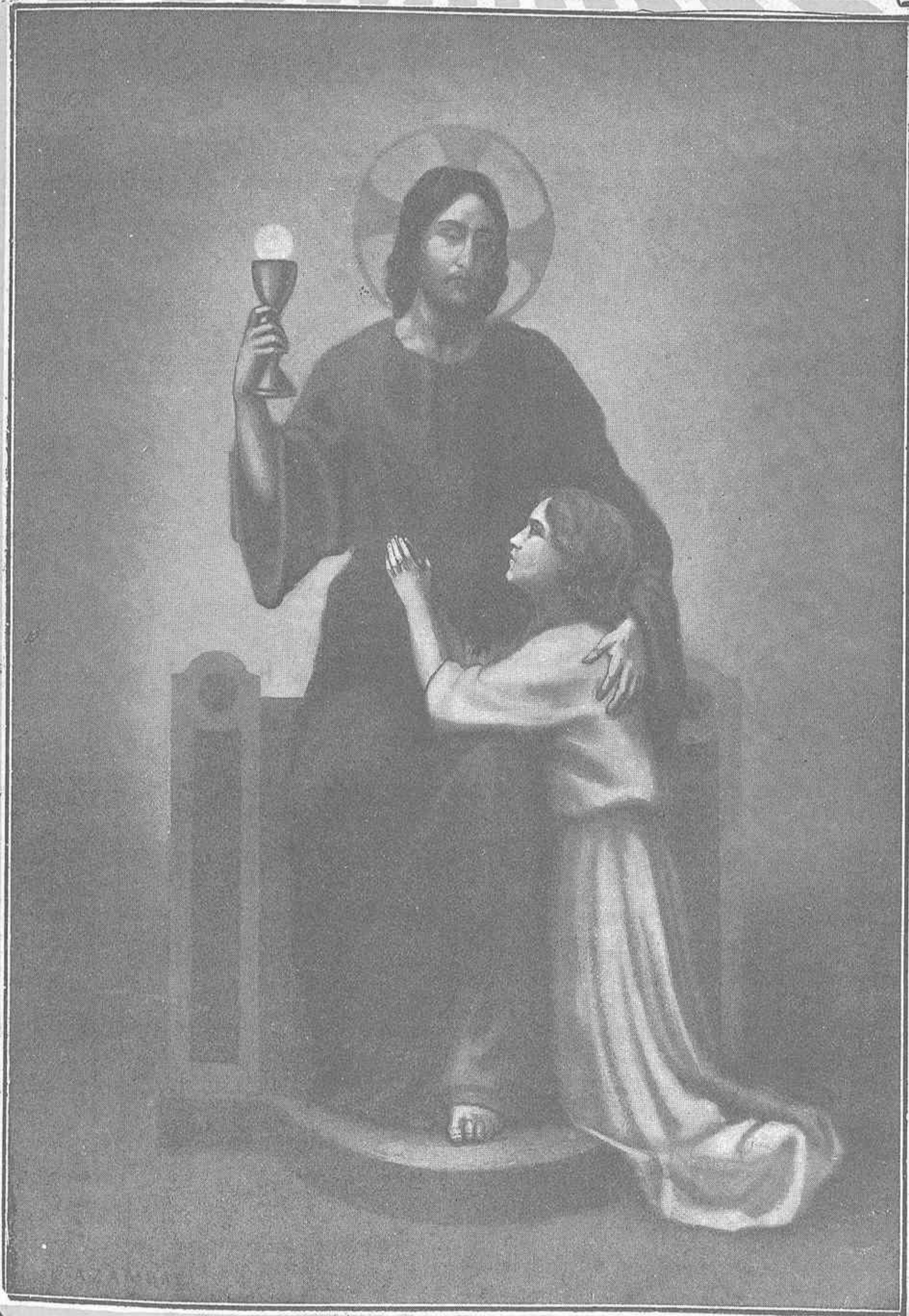


IHS
PÁGINAS
ESCOLARES



JUNIO
1916

TEXTO.—Los Estudios Universitarios.—Episodios Históricos.—Retrato de muchos jóvenes.—Crepúsculo, *J. H.*—A María, (plegaria) *Juan J. Murtagh Langan.*—Noticias de los Colegios; Colegio del Salvador, Buenos Aires; *Ulises D. Sala.*—Colegio del Sagrado Corazón, Sucre-Bolivia; *Joaquin Gantier.*—Variedades; Habilidades de un reporter, Desenlace inesperado, Memoria prodigiosa, Consulta.—Holgazán imitable, (histórico.)

GRABADOS.—Universidad de Deusto, La fachada; Escalera de honor; Patio del Sagrado Corazón; Salón de recreo de la 3.^a División.—Instituto Católico de Artes e Industrias, Fachada principal; Vista lateral; Sala de máquinas.—Monasterio de Nuestra Sra. del Puig (Valencia).—Universidad de Deusto; Capilla de los alumnos.—Buenos Aires, Stadium de Palermo; Alumnos de la 3.^a Brigada en traje de *sport.*—D. Humberto Sosa y Vargas.

La Fiesta Nacional del Día de San Pedro

Entérense bien todos

DIEZ ventajas, por la cuenta más corta, vamos a obtener en España de la creación del **Día de la Prensa Católica.**

1.^a **Penetración** de la idea **Prensa** hasta las últimas capas de las masas católicas; como penetra la idea **Patria** entre las clases populares por la **fiesta de la Bandera.**

2.^a **Elevación** de los procedimientos empleados para procurar el engrandecimiento de nuestra prensa; poniendo al lado de la **Colecta** nacional la **Propaganda** intensa y la **Oración** pública y colectiva.

3.^a **Realización** de una verdadera **rogativa nacional**, con triduo preparatorio en muchas localidades; aplicándose en ese **Día** millones de Comuniones y centenares de Misas por la **Prensa Católica.**

4.^a **Introducción** de la costumbre de predicar sobre la Prensa; predicándose sólo en ese **Día** en toda España miles de sermones sobre este tema.

5.^a **Multiplificación**, (por tantos pueblos como sean los en que se celebren actos de **Propaganda**), de los efectos saludables que produjeron en Sevilla y Zaragoza sus respectivas **Asambleas.**

6.^a **Extensión** a todas y a cada una de las publicaciones católicas de cada Diócesis, de los beneficios de la **Colecta**; sin perjuicio

de que por todas las Diócesis, a la vez, se fomenta el **Tesoro Nacional** y por ende la importantísima **Agencia Católica de Información**, objeto preferente del **Tesoro.**

7.^a **Restauración** de innumerables obras Diocesanas y Locales de Prensa, que recibirán ahora un fuerte impulso, acometiendo inmediatamente empresas variadísimas de interés local y regional.

8.^a **Aclaración** por la fuerza de los hechos, y sin que valgan subterfugios, de cuáles son las publicaciones católicas y militantes; pues las que no lo son de veras no apoyarán esta **fiesta**, haciéndose sordas a las repetidas bendiciones e instancias del Episcopado. **Y por los frutos los conoceréis.**

9.^a **Edificación** cristiana para aquellos que pretenden hacer obras católicas, con medios casi exclusivamente naturales; así como también se dará un alto ejemplo de sacrificar los rendimientos pecuarios, antes que emplear (como está por desgracia muy en uso en casos semejantes), medios poco conformes con la moral cristiana.

10.^a **Adhesión** unánime y entusiasta a la Santa Sede, exteriorizada una vez más por medio de la Prensa, que contribuirá a que se envíe al *Dinero de San Pedro* un importante óbolo, digno de la tradición y del acendrado catolicismo de España.

De cada una de estas ventajas pensamos decir dos palabras en números sucesivos.

Dr. Torres Murillo,
Presbítero, U. A.

(De *La Cruzada de la Prensa*).

PÁGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA PARA JÓVENES ESCOLARES

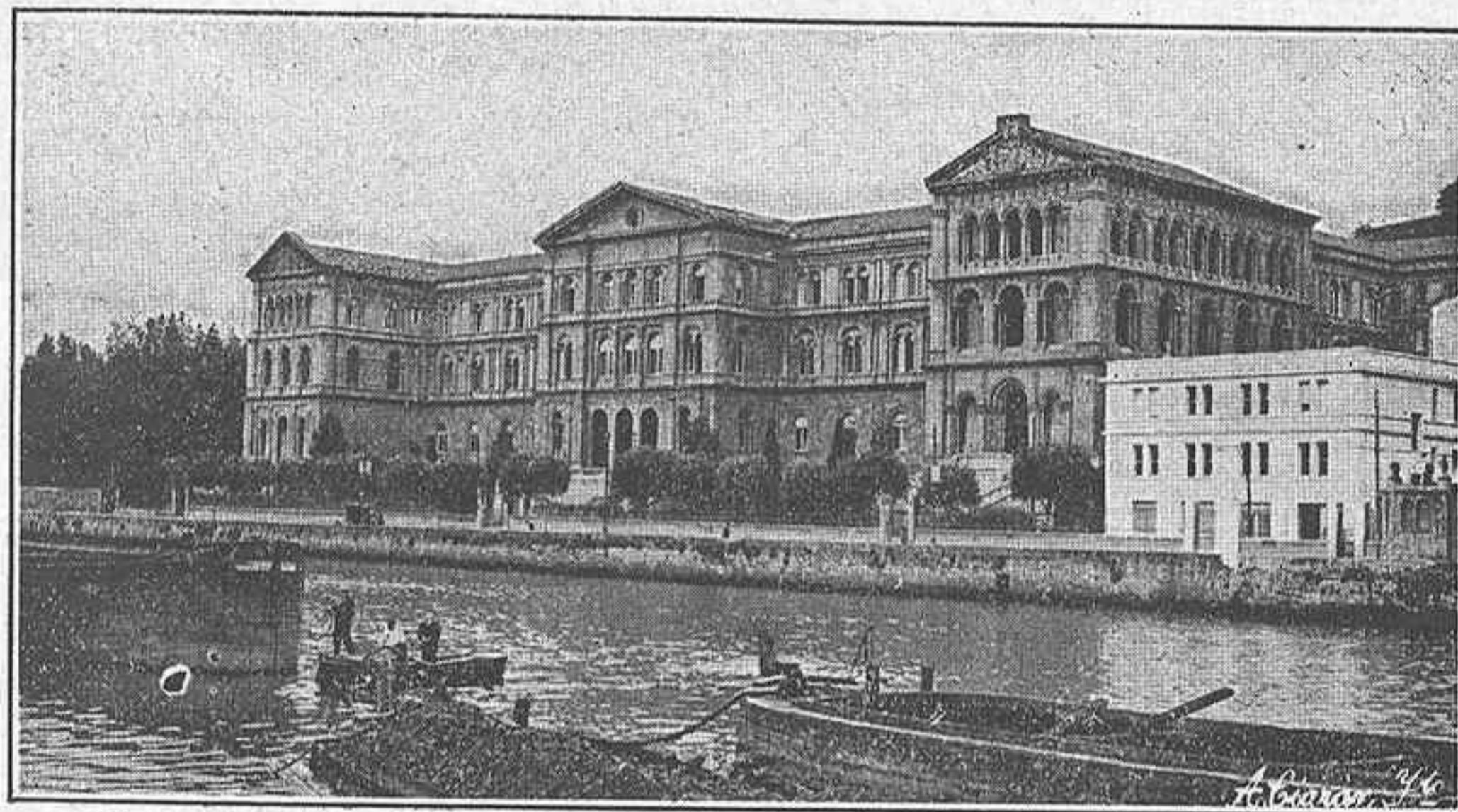
Año XIII.

Gijón, Junio de 1916

Núm. 143

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Los Estudios Universitarios



Universidad de Deusto. — La fachada

Encargo de una madre

Partía, hace años, un jóven para la Universidad de París, y su madre, al despedirle, lo hizo con estas palabras: «Ve y cuida que nunca me traigan de tí nuevas de escaso interés.»

¡Cuántas madres, al enviar a sus hijos a las Universidades de las grandes poblaciones, habrán hecho en una ó en otra forma igual encargo!

Y es que el amor materno presiente los peligros que a su hijo esperan, y adivina que sus desvelos y sacrificios para darle una educación que le haga feliz, corren el riesgo de venir a tierra, merced a los golpes del inmoral ariete de las grandes ciudades.

Sería en estas circunstancias un género de complicidad el no dar la voz de alerta a los que terminan con este curso los estudios elementales, puntualizarles los peligros a que se exponen y señalarse a la vez el oportuno remedio,

El Colegio

Recuérdese ante todo que para el Colegio sería un gran pesar, un dolor agudo, el ver que sus abnegados esfuerzos son infructuosos. Aunque alguien juzgue exagerado lo que voy a decir, es sin embargo una verdad comprobada y cierta. Los PP. de la Compañía de Jesús llevan en su corazón a los niños cuya educación les está encomendada. ¿Podrán, pues, ver sin amargo dolor los blancos que la impiedad causa en las filas de esa juventud tan candorosa como inexperta?

Por eso los Colegios de PP. Jesuítas, imitando a la madre dicha, dirigen a sus alumnos un ruego encarecido, una súplica ardiente, a saber, que no asistan, a serles posible, a los Centros Docentes en que su fe o sus costumbres corran algún peligro, y que nunca lleguen al Colegio noticias que le amarguen y desconsuelen,

Esta súplica y ruego, que tantas veces ha dirigido el Colegio al Sdo. Corazón de Jesús, lo hace ahora confiadamente a sus amados discípulos. ¿Se hará alguno de ellos sordo?

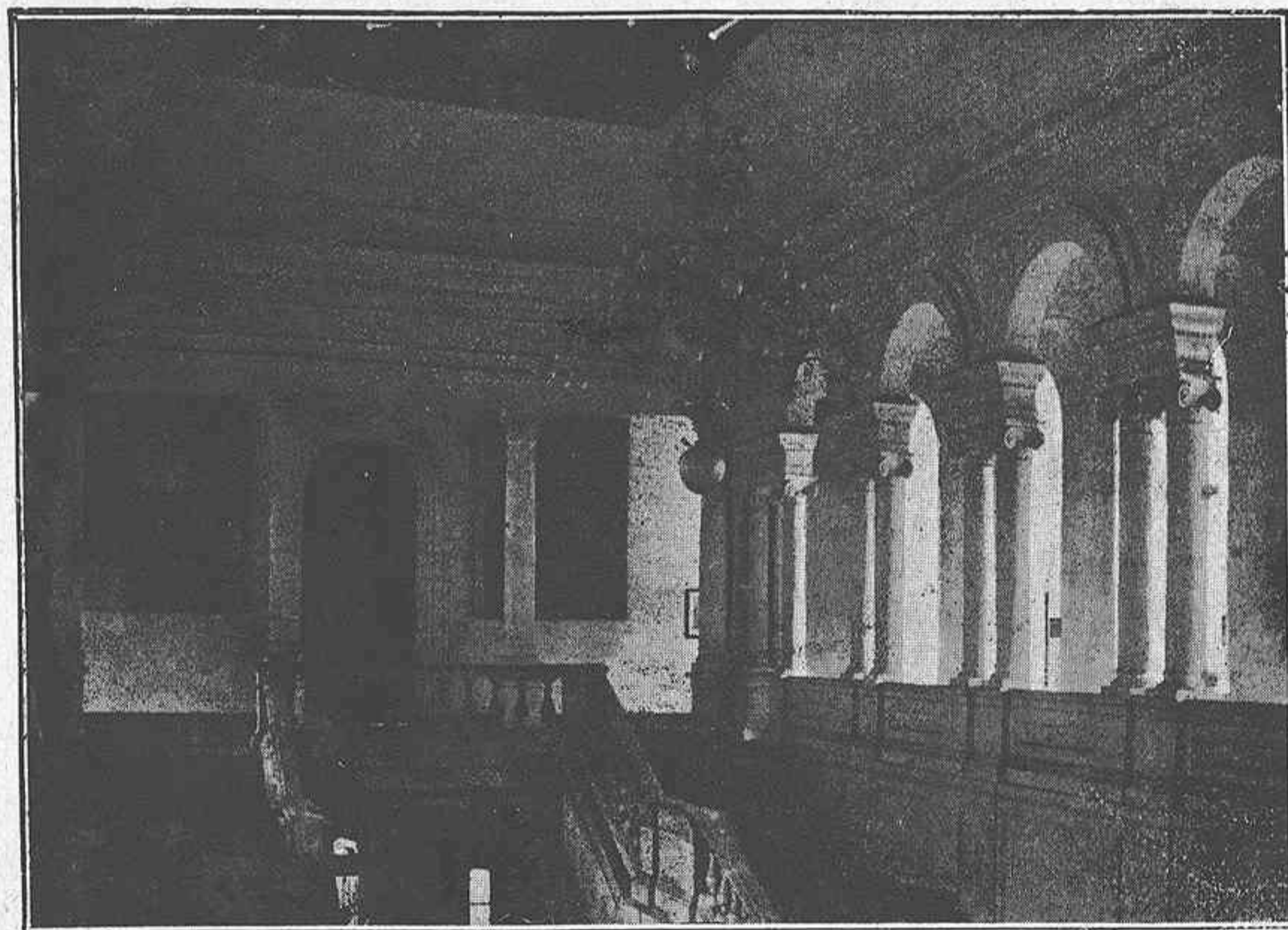
Cosecha de *Hijos Pródigos*

La hay y por desgracia más abundante de lo que sería de desear. No hace aún muchos años que en una visita, hecha a una cárcel, hallamos un Pródigo y por cierto bien desgraciado y digno de lástima. Hijo de buena familia y educado en uno de los mejores Colegios de España, tuvo la desgracia de perder a su madre. Este contratiempo le dejó en el mundo a merced de sus caprichos: y de broma en broma, pasando de claro en claro las noches, y los días de turbio en turbio, vino a dar con los huesos en un presidio.

dotes, que estaban advertidos de su llegada. Antes que se apareara para tomar descanso, le rogaron que se sirviera pasar a la cárcel, donde había unos reos condenados a muerte, que estaban en vísperas de ser ejecutados y no querían confesarse.

No hubo que decirle más: sin tomar ningún descanso, se fué derecho a la cárcel, donde estuvo muy despacio con los reos. Su gran celo consiguió moverlos a arrepentimiento y se confesaron, al parecer todos bien.

A la mañana siguiente volvió el Sr. Obispo a la cárcel para darles de su mano la última comunión. Empezó la Misa, que los reos oían con gran atención. Llegó el momento de darles la sagrada Comunión, y les pregunta el Prelado uno por uno si perdonan a todos. El primero y el segundo de los reos dijeron que sí; pero el tercero y más joven, con los



Universidad de Deusto.—Escalera de honor

Si afortunadamente son contados los Colegiales que llegan a este extremo, no lo son los que, además de no terminar su carrera, arruinan su salud y derrochan su fortuna en orgías y garitos. Sí; hay muchos *Hijos Pródigos*, muy desgraciados y muy dignos de lástima.

Cosecha de Padres desgraciados

Y ya se sabe; a cosecha de *Hijos Pródigos* corresponde otra igual de padres desgraciados.

Leed el siguiente suceso que vale por muchos argumentos:

Se cuenta que pasaba el P. Claret por Villafranca del Panadés para ir a regir la diócesis de La Habana, cuando se le presentaron varios señores sacer-

ojos arrasados en lágrimas, quien sabe si de odio o de pena, respondió toscamente: nó.

Sorprendido el P. Claret por tan inesperada respuesta y queriendo a todo trance salvar aquella alma, le preguntó que a quíen no perdonaba. El joven sécamente respondió: a mi madre.—Atónito el Prelado replica:—¡Pues, qué te ha hecho tu madre!—¡Qué me ha hecho!—¡Por su culpa he llegado a este trance: me dejó desde pequeño hacer lo que quise; no hizo nada para apartarme de malos compañeros, que me arrastraron por el camino del vicio.

¡Pobres padres los que, por no haber tenido acierto en la elección de Universidad para sus hijos, o por no haberlos rodeado en ella de toda clase de precauciones, los convierten más o menos concientemente en *Pródigos*!

Y si a algunos pareciere que nos complacemos en advertir peligros que no existen, fijese bien en

El por qué de estos males

Hace diez y seis siglos que Juliano el Apóstata quiso destruir la religión y para conseguirlo prohibió que los cristianos enseñaran y educaran a sus hijos según las tradiciones de sus mayores. Los modernos perseguidores de Jesucristo y de su Iglesia ponen en práctica este mismo medio. Unas veces ocultan sus péfidos designios con los ampulosos nombres de ciencia y progreso, y con los de laicismo y neutralidad otras, llegando en ocasiones a quitar su disfraz sectario y proclamar en alta voz sus deseos de acabar con la obra de Jesucristo, la Iglesia Católica.

Testigo de esto último es Mr. Dequari Grobel que, escribiendo a los maestros laicos, dice que «la educación es una máquina de guerra contra el Catolicismo...»; la escuela laica es un molde donde se mete a un hijo de cristianos y se saca un renegado.» Testigo también el famoso Viviani que con ruda franqueza dijo en uno de sus discursos: «Jamás hemos tenido otro designio que hacer una Universidad antireligiosa de una manera activa, militante; belicosa.»

Y no se diga que la impiedad no llega a tanto en España, pues aunque afortunadamente hay entre nosotros catedráticos muy buenos, no faltan quienes siguen ciegamente las huellas de los sectarios de la vecina República.

Bien puede decirse que la lucha entablada entre los seguidores de Cristo y los poderes del infierno, se halla hoy reducida principalmente a la enseñanza.

Las almas de los niños y jóvenes es la conquista que disputan el espíritu del bien y del mal.

¿Y querreis, vosotros Colegiales, y querrán también vuestros padres exponer a inminente peligro vuestra fe mandándoos ellos y yendo vosotros indistintamente a cualquier centro docente?

Por otra parte, el hombre no vive solo y aislado, y menos en las Universidades. La vida del estudiante se enlaza y compenetra con la de los profesores y condiscípulos, resultando de ahí un influjo de unos sobre otros. Pocas acciones dejan de ejercer en torno nuestro influencia halagüeña o desagradable, feliz o desastrosa. Esta ley, que es universal, cúmplase con gran rigor entre los jóvenes.

¿Quién no ve el peligro de corromperse en que se hallan los Colegiales al dar el terrible paso del Colegio a la Universidad? A esta pregunta responden los hechos con triste claridad y elocuencia.

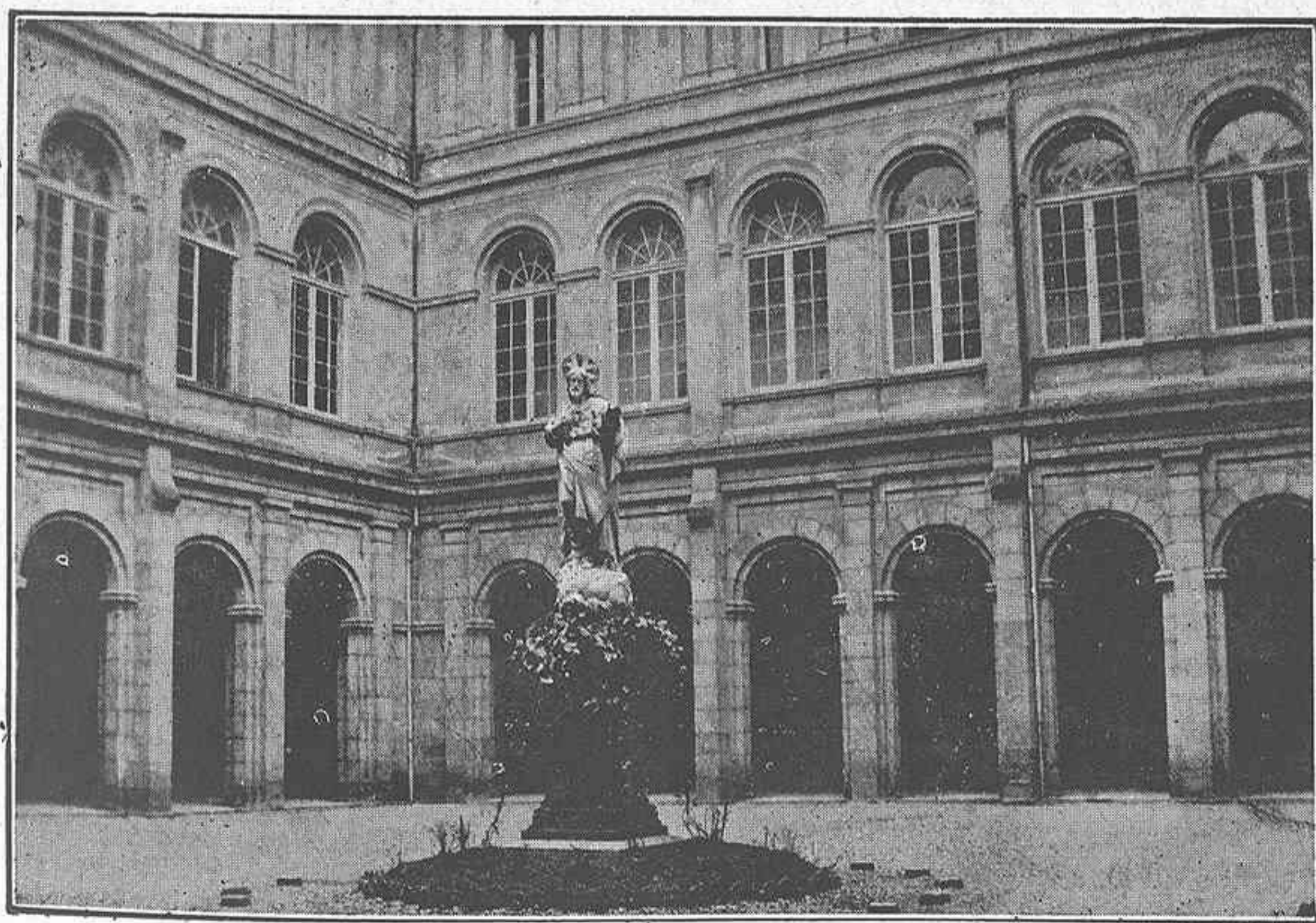
Remedios en las Naciones Extranjeras

El mal no es exclusivo de España, antes es en otras naciones más grave. Por eso han acudido al difícil, pero necesario remedio de fundar Universidades Católicas.

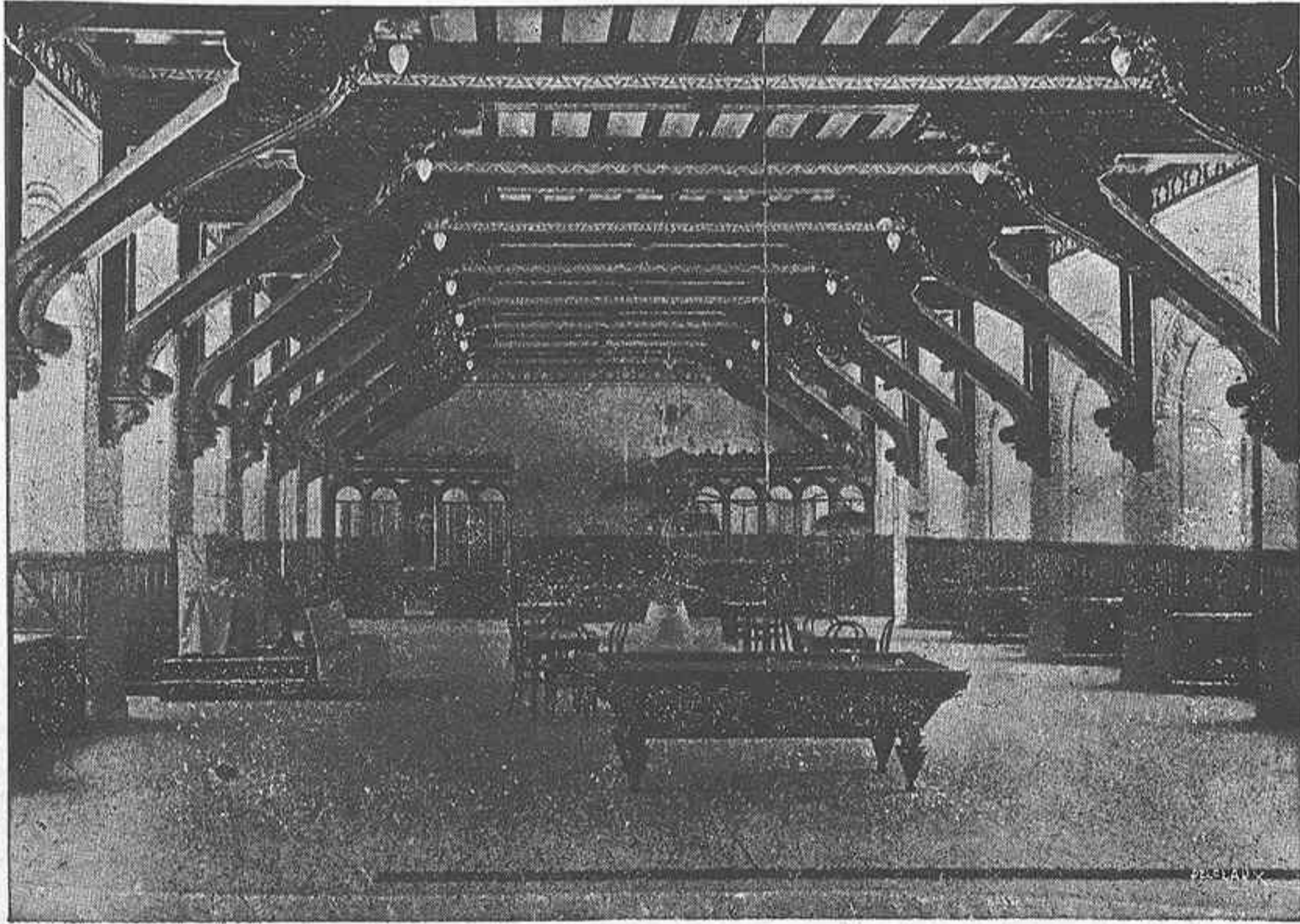
Figura a la cabeza de todas Lovaina, que compite con las del Estado, y se vé frecuentada por más de 2 000 alumnos. Hay Universidades Católicas en Dublín, Quebec, Washington, San Luis de Misurí, Santiago de Chile, Beyrouth y Friburgo.

Cinco Universidades Católicas tiene Francia, a saber: las de París, Lille, Lyon, Angers y Toulouse.

Los sacrificios, que la fundación y sostenimiento de esos Centros supone, son enormes, pero Dios sabrá compensarlos abundantemente.



Universidad de Deusto. Patio del Sdo. Corazón



Universidad de Deusto.—Salón de recreo de la 3.^a División

Remedios en España

¡Qué se ha hecho entre nosotros?

Para algunas carreras, todo; para otras, algo; para algunas, nada, o casi nada.

Nada o casi nada para Medicina, Farmacia y carreras Militares; algo para [Ingenieros y Arquitectos, y todo para los que estudian Derecho y Letras. Las Academias de Madrid, Valencia, Barcelona y las Asociaciones, llamadas vulgarmente *Los Luises*, son un medio precioso para los jóvenes de cualquier carrera que viéndose en la triste necesidad de asistir a las Universidades del Estado, deseen preservar su fe y costumbres de los peligros que los rodean.

Pero tenemos en nuestra nación dos grandes centros universitarios católicos que merecen ser conocidos y apoyados por cuantos se interesan por el bien de la juventud, de la Patria y de la Religión, a saber: la Universidad de Deusto (Bilbao) y el Instituto Católico de Artes e Industrias (Madrid).

Universidad de Deusto

Instalada en grandioso edificio, construido expresamente para este objeto, puede competir no sólo con los del Estado, sino con los mejores de otras naciones más adelantadas. Los fotograbados, con que ilustramos este artículo, nos relevan de describir el edificio y sus dependencias principales.

Enseñanse en esta Universidad por un profesorado competente y bajo un plan bien meditado:

- A) Los Estudios de Derecho.
- B) Los de Letras.
- C) La Preparación para Escuelas especiales de

Arquitectos y de Ingenieros Civiles de Minas, Caminos, Agrónomos e Industriales.

El artículo 1.^o del Reglamento de esta Universidad expresa con exactitud los fines levantados que ella persigue y hace entrever los bienes que ha de producir, y de hecho produjo en los años que lleva de existencia.

«El fin, dice, que se propone la Sociedad fundadora de este Colegio, es la de educar e instruir a la juventud con arreglo a los principios de la Religión Católica, Apostólica, Romana, nutriéndolos con el fuerte alimento de la sana doctrina, para que robustecido su espíritu, y provistos de copiosas armas, se acostumbren con tiempo a defender diestra y vigorosamente la causa de la Religión» y los principios de la sana moral. Para ello, sin oponerse en nada a las leyes vigentes de instrucción pública, ofrece a los padres de familia un centro de enseñanza, donde sus hijos, libres de los peligros que asedian por todas partes a la juventud, puedan continuar su carrera bajo la dirección de PP. de la Compañía de Jesús, y aún de otros ilustrados profesores, cuya celosa cooperación convenga oportunamente utilizar.»

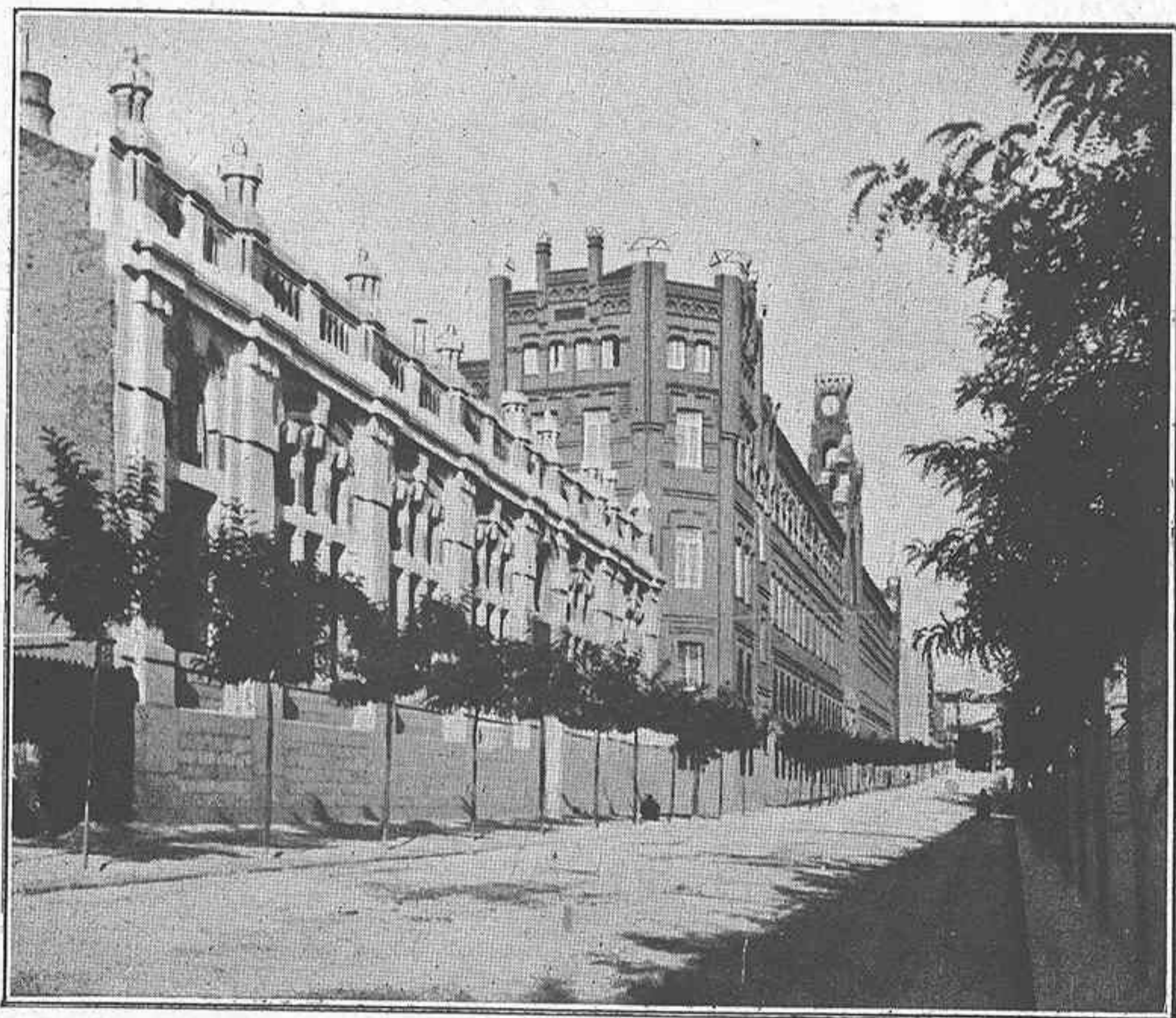
Afortunadamente y como para comprobar este punto, muchos de sus discípulos ocupan un lugar digno y aún preeminente en todos los ramos de la Administración pública. En el Foro, en la Cátedra, en la Industria y hasta en los Cuerpos legisladores intervienen eficazmente hombres competentísimos formados en las Aulas de Deusto.

Y no puede ser de otro modo. Alejados de diversiones, incompatibles con estudios serios, y dirigidos por un profesorado al que incumbe un sacratísimo deber de conciencia de fomentar eficazmente

la enseñanza, no pueden los jóvenes dejar de hacer con brillantez su carrera, preparándose de este modo un porvenir halagueño.

«Por desgracia, dice el Padre Vilariño tratando esta misma materia, no reflexionan los padres cuanto deberían acerca del caso; muchos acaso ignoran la existencia de estos Centros, o no se informan suficientemente acerca de sus ventajas, o se dejan llevar de la corriente, o ceden al maligno capricho de sus hijos que olisqueando el acedo libertinaje de los centros universitarios, anhelan su vida tormentosa y libertina, o por evitar algún gasto aparente, mandan a sus hijos a una vida que al cabo consume y derrocha más en vicios y tonterías, que lo que se hubiera gastado en estudios, o en fin, por temor a las vejaciones oficiales prefieren que sus hijos no saquen mala nota aunque sepan menos, o no sepan nada, y lo que es peor, aunque pierdan su fe y su virtud.»

Pero PÁGINAS ESCOLARES, inspirándose únicamente en el bien de los Colegiales y de sus familias, les hace el encarecido ruego de que se aprovechen de esta institución universitaria que contra tantos males ha de prevenirles, y ha de atraerles tantos bienes.



Instituto Católico de Artes e Industrias

Fachada principal

Comprende este notabilísimo centro docente varias clases de enseñanza. Prescindiendo ahora de la elemental para el Bachillerato, y la Escuela Mecano-Eléctrica para la carrera de Perito, lo que hace a nuestro propósito, es la carrera de Ingeniero en este mismo ramo.

Dirigida esta Escuela por Ingenieros nacionales y extranjeros, los jóvenes que en ella hacen su carrera, pueden competir y aún aventajar a los de cualquier Universidad.

Cierto que el título, que pone el Instituto en manos de sus alumnos, no tiene valor oficial académico. Pero ¿qué importa, si artes de concluir sus estudios, son ya aquéllos solicitados por Sociedades industriales que ansían confiar la dirección de sus negocios a hombres de reconocida competencia y probidad?

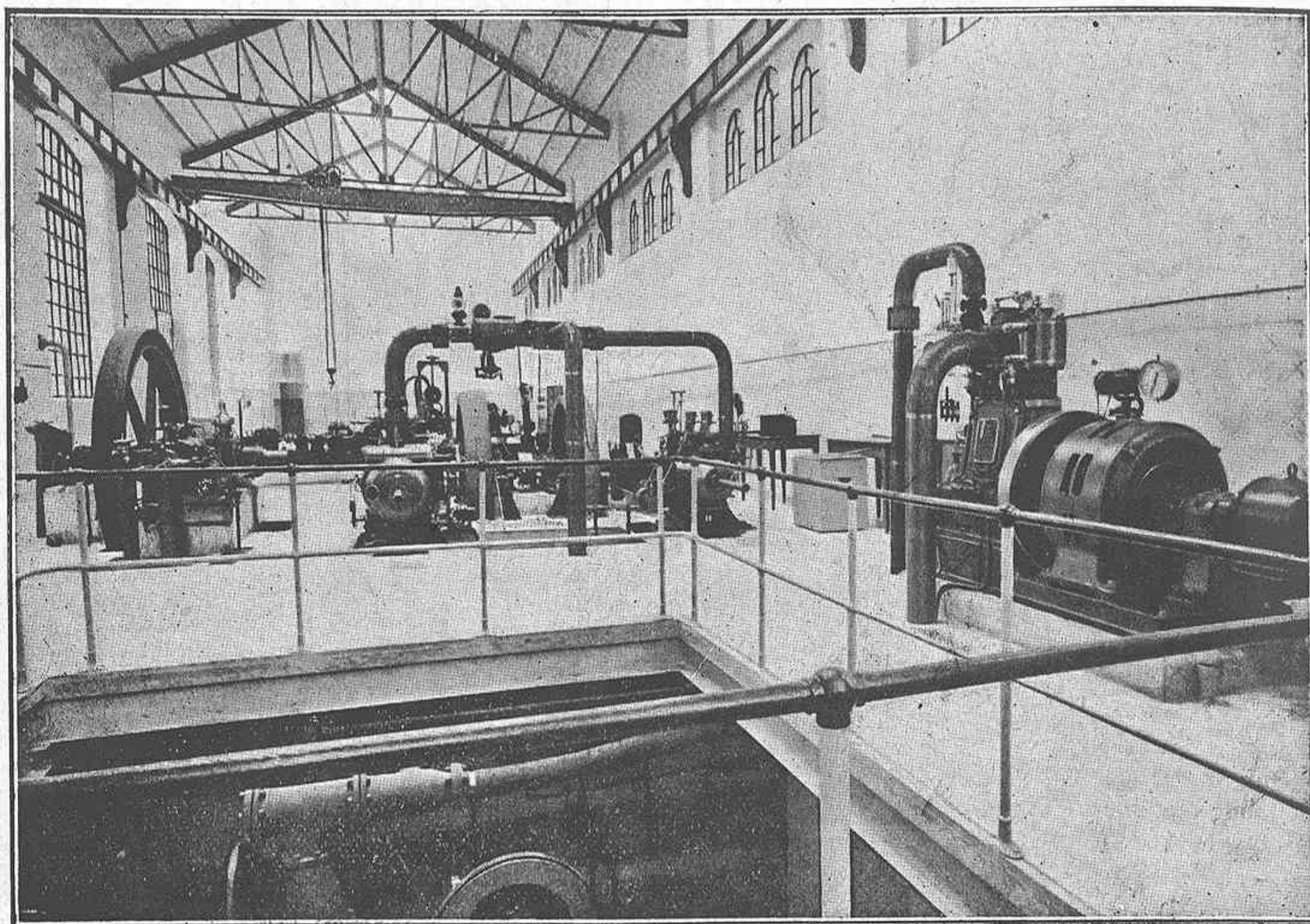
Sí; probidad y competencia es lo que necesitan los jóvenes para abrirse camino, que los títulos académicos de suyo poco valen en los tiempos que corren.

Por otra parte, nadie ignora que tampoco el Estado reconoce los títulos de ingenieros obtenidos en el extran-



Instituto Católico de Artes e Industrias

Vista lateral



Instituto Católico de Artes e Industrias.—Sala de Máquinas

jero, sin que por eso dejen de ser estimados y buscados los que los poseen.

Por lo tanto, a los que se sientan con vocación a la carrera de Ingeniero Mecano-Electricista dirigimos un ruego suplicándoles que, antes de elegir Universidad o Escuela para hacer sus estudios, visiten el Instituto Católico de Madrid y obren según la prudencia cristiana les dicte.

Última palabra

En el regazo materno habeis recibido las primeras lecciones de la virtud y exhortaciones a la piedad; y en el Colegio se han desarrollado y fortalecido; pero a la Universidad está reservado su total complemento.

Si ella cumple su misión, vuestras almas se mantendrán siempre firmes en la senda del deber, por muy recias tormentas de tentaciones internas o externas que las embistan en los años venideros.

A vosotros, pues, amados Colegiales, toca elegir con acierto la Universidad o Escuela que mayores garantías de éxito os ofrezca. En el extranjero las Universidades que se han citado al principio de este artículo, y las de Deusto (Bilbao) y Hareneros (Madrid) en España, satisfacen las exigencias de nuestra época, como lo evidencia lo numeroso y selecto de la juventud en sus aulas formada.

Episodios Históricos

El conde José de Retel, testigo ocular, refiere que Napoleón I estaba en el apogeo de su poder, y nada resistía a sus victoriosos ejércitos. Pío VII, destronado y despojado de todo, yacía prisionero en Fontaineblau. Agobiado por la edad y los disgustos, sufría dura cautividad, con la abnegación de un santo y la resignación de un mártir. Oraba una noche, cuando el Emperador entró de improviso en su aposento.

—Dispensad, Santísimo Padre,—dijo,—si os distraigo de vuestras piadosas meditaciones; pero el tiempo urge. Es indispensable la paz entre el Emperador y el Papa. Suponiendo que habeis meditado bastante mi proposición de ayer, espero me digáis si corresponde a vuestro interés.

—A mi interés personal, podría ser; pero a los deberes del Papa, no.

Napoleón quería que el Sumo Pontífice aceptase una renta anual de dos millones, renunciando para siempre al patrimonio de San Pedro.

El invicto Papa añadió:

—Antes moriré cautivo que cargar mi conciencia con tal infamia.

Recordóle entonces el Emperador todo cuanto había hecho en Francia a favor de la Religión y le rogó que no fuese ingrato y aceptase sus condiciones. El Padre Santo se mostraba inquebrantable.

Furioso Napoleón por hallar quien le resistiese exclamó:

—Basta ya, señor Papa; desecháis mi amistad, pronto experimentareis las consecuencias y sabreis de lo que soy capaz.

—Señor,—respondió el anciano,—deposito vuestras amenazas a los piés del Crucifijo y dejo a Dios el cuidado de vengar mi causa, que es la suya.

—¡Vanas quimeras! Replicó el Emperador con tono despectivo. Sabed que no estoy satisfecho del Papa, ni de la Iglesia, ni de vuestro Dios. Quizás fundaré por mi autoridad una religión del Estado, que tenga por jefe, no al Papa, sino al Emperador.

—Exagerais vuestro poder, Señor.

—Todo lo puedo en Europa—exclamó orgulloso el vencedor de tantos pueblos, lo único que no puedo doblegar es la terquedad de un anciano que se llama Vicario de Dios. Pues bien, que muera en infame cautiverio.

—Tened cuidado, pues todos los perseguidores de la Iglesia han sido destruidos y la Iglesia permanece incólume. Cuando vuestra medida esté colmada, sufriréis la misma suerte que todos los perseguidores.

Nunca había oído Napoleón palabras semejantes y encendido en coraje salió del salón diciendo:

—¡Fiad en que vuestro Dios os libre del César!

—
Dos años después paseábase el Emperador, triste y pensativo, por la plaza del islote de Santa Elena, acompañado del general Bertrud y del Conde Retel que refiere ese episodio.

—Retel, dijo Napoleón ¿No estabas tú en Fontaineblau, cuando Pio VII predijo mi destino?

—Sí, señor, jamás se borrará de mi memoria.

—¡Ojalá! dijo el Emperador con tristeza —pudiese decir a todos los que gobiernan las naciones «Respetad al Papa, para que no os aplaste la mano onnipotente de Dios que protege la Cátedra de San Pedro.»

—
Pasados algunos años, el citado conde, ya muy anciano, refería esta historia a Na-

poleón III y le suplicaba que no retirase sus tropas de Roma dejando a Pio IX a merced de sus enemigos, para que no experimentase idéntico fin que su tío. Napoleón III despreció este aviso y retiró sus tropas. Sabido es el desastre de Sedán, en que Napoleón, prisionero de Guillermo de Prusia, rindió su espada, perdió su trato y fué a morir solitario lejos de Francia, no sin repetir antes al Conde las mismas palabras de su tío:

—Mi destino—dijo—es una prueba evidente de la protección de Dios sobre su Vicario.



Retrato de muchos jóvenes

Le ví rodeado de amigos, vistiendo correctamente y llamando la atención de todos.

Era joven, rico y feliz. Su infancia corrió plácida y descuidada, y su mocedad fué una continuación lógica de aquella primera fase de su vida.

Su voluntad absoluta no tenía límites. Ni sabía lo que era dolor ni aún conocía su existencia.

Dueño de una considerable fortuna, cuya adquisición no le costó trabajo alguno, la iba derrochando diariamente sin pensar en las contingencias del porvenir. Y a medida que gastaba en fútiles caprichos y en ridículas fantasías, sacrificaba la salud pasando las noches en los salones de baile y en los escenarios de los teatros.

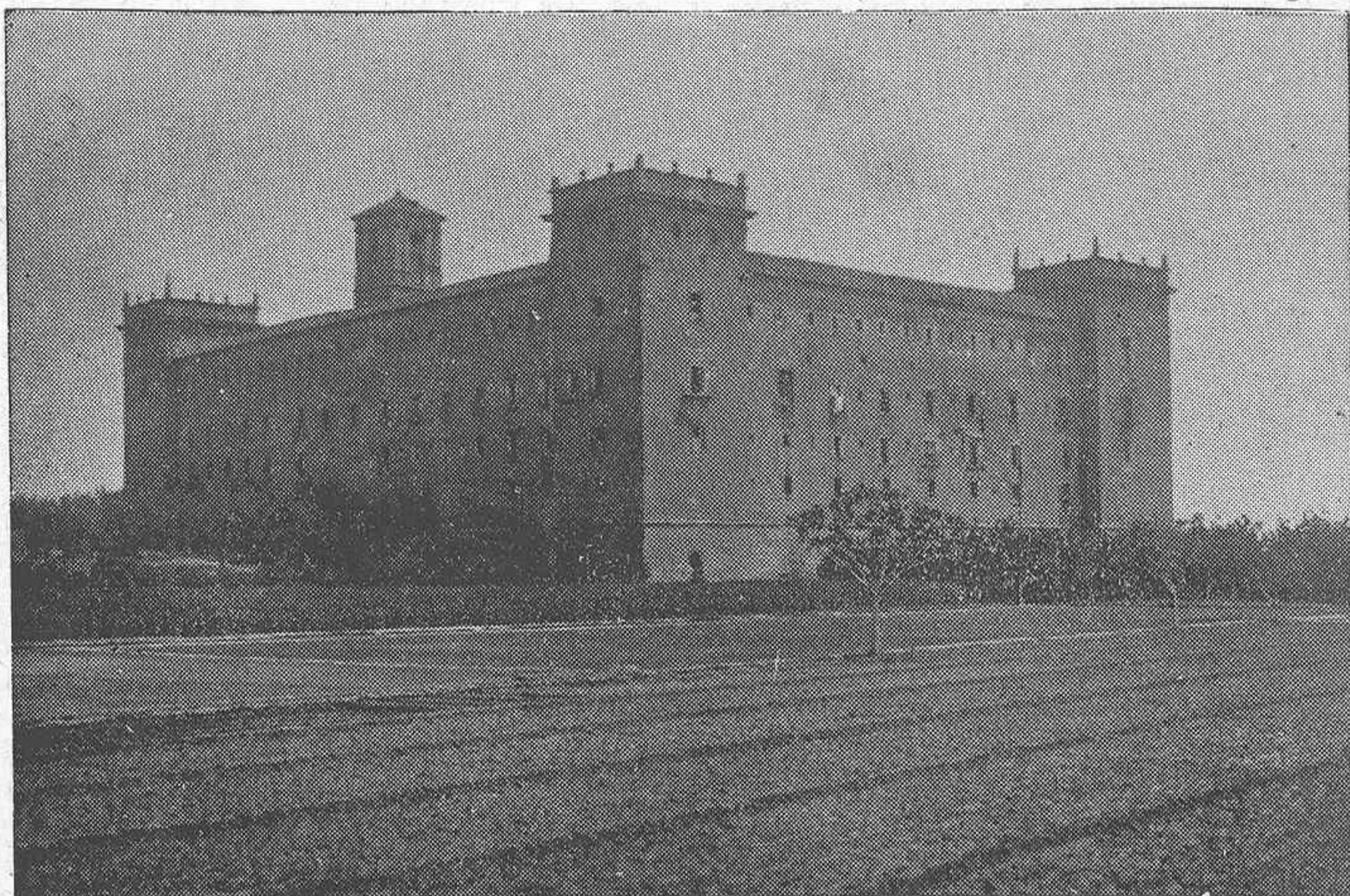
Transcurrieron los días y con ellos desaparecieron la salud y el dinero.

Vióse entonces, ya sin amigos, con la faz macilenta, demacrada, pobremente vestido, atravesando las calles, entrando en uno y otro lado, como buscando algo...

Me aproximé a él e interrogándole francamente, inquirí la causa de su repentino cambio.

Con la voz embargada por las lágrimas me dijo: «Yo era rico, no conocía los secretos del mundo; falsos amigos me condujeron a los cafés-cantantes, a los teatros, haciéndose socios de mi fortuna..., la perdí y con ella los «amigos»; hoy, sin salud, sin dinero, no encuentro uno sólo de mis antiguos compañeros que me auxilie en la terrible situación en que me hallo.»

Experimenté profundo dolor al oír al pobre mozo! Lo llevé a un médico, quien des-



Monasterio de Ntra. Sra. del Puig (Valencia)

pués de examinarlo, me dijo que padecía una tuberculosis, y que la enfermedad se hallaba muy avanzada.

Como no podía tenerlo a mi lado, lo convencí que para su bien debía recogerse en una casa de salud. Al oír esta indicación se estremeció y me dijo con lágrimas en los ojos: «Terminar mis días en el lecho de una Santa Casa, pobre, abandonado por los que han causado mi ruina!»

No había sin embargo otra solución. Le acompañé hasta el Hospital donde fué recibido, sin que le preguntasen si podía o no costear su sostenimiento.

Y fué allí, en esa ignorada casa, cuyo origen y cuyos fines desconocía, donde por vez primera una voz amiga, tan sencilla cuanto desinteresada, le habló de una felicidad que desconocía, de la felicidad eterna.

Le visitaba diariamente y me refería los cuidados que la buena Hermana de Caridad le dispensaba, hablándome también del sacerdote que iba a verlo diariamente. «Encuentro en este lecho, en esta casa, encantos que no ví fuera. Y, entonces era rico y jamás pensé en auxiliar esta santa institución, ni una sola vez pensé en los que sufren; y hoy me veo rodeado de cariños y cuidados por aquellos a quienes desprecié...; sollozaba copiosamente, era la voz del arre-

pentimiento, era Dios que renacía en aquel corazón.»

La enfermedad llegó a sus límites y espiró en la paz del Señor.

Al día siguiente, modestísimo carro seguía el camino del Campo Santo; ningún amigo, ni una corona; yo solo acompañaba sus restos, sobre los cuales arrojé una palada de tierra, mientras pronunciaba de todo corazón el «requiescat in pace.»



CREPÚSCULO

Ya el sol recogía su manto de oro y se inclinaba hacia el horizonte donde dentro de poco se iba a ocultar. La luz escaseaba más y más a medida que el minuterero avanzaba y al fin formose uno de esos crupúsculos que por su soñolienta luz y placidez de la naturaleza convidan al recogimiento, a la meditación y a la dulce melancolía.

Venía yo de dar un largo pero ameno paseo y, a pesar del fresco vientecillo que corría jugueteando con las mieses, estaba sudoroso y cansado. Aquella débil luz hizo na-

A MARÍA

(PLEGARIA)

cer en mi una suave y amable tristeza que poco a poco me invadió, y llenó mi alma; senteme pués sobre un peñasco que junto al camino estaba, y mi distraida mirada apenas se posaba sobre un objeto, cuando atraída por otro que llamaba más su atención, hacia él se volvía para estar sobre este tanto como sobre el primero. Vi hermosas flores, verdes sembrados, campos de espigas que al amor del suave vien ecillo, que he citado, se balanceaban y rizaban su superficie como la de un manso lago de oro.

Todo esto veía y nada hería mi imaginación; lo contemplaba como embelesado, pero este embeleso era externo y en mi interior, en mi alma, no había más que melancolía, dulce sí, pero melancolía al fin. Oscureció más; una cosa me llamó entonces la atención; una ruinoso torre, rodeada y abrazada por los mil brazos de la hiedra. Esta torre sobre la cual tantas veces había yo estado y que tan conocida era por mi; esta torre digo, que en otra ocasión me hubiera pasado desapercibida, se me presentó como un ruinoso recuerdo de lo pasado; me trajo a la memoria pueblos y edades ya pasadas, y pensé que quizá algún día otra torre ruinoso y semejante a esta serviría para recordar que existió nuestra raza, nuestra edad, nuestra España... Fué cosa que pasó mas pronto de lo que tardo en escribirlo, fué una visión, una quimera, un nada. Otra cosa me hirió más vivamente la imaginación; sobre el ya casi oscuro cielo y sobre una elevada colina, vi un bulto, un hombre que envuelto en un manto o capote y apoyado en su bastón miraba a unas ovejas sentadas a sus piés. Sonó la campana parroquial y con devoción le vi arrodillarse hacer la señal de la cruz, y a lo que yo me figuro rezar el «Angelus». Esto hizo mella en mi, y me representé al pastor como si fuese Jesucristo que velaba por sus débiles ovejas, por nosotros que le habíamos crucificado. La visión fué tan real, que me levanté para ir a su encuentro, pero el esfuerzo necesario para realizar tal movimiento, me hizo volver en mi y contemplé, no sin tristeza, la realidad como realidad.

Empecé a caminar, entré en la ciudad y llegué a mi casa ya anochecido, pero siempre preocupado por aquella visión. Luego pensé que aunque el pastor no era J. C., sin embargo lo tenía, a Este, amoroso y deseando continuamente venir a mi, en el Santísimo Sacramento del Altar.

J. H.

Colegio del Apostol Santiago (La Guardia)

Yo quisiera, Virgen Santa, con purísimos rosales
Engarzados primorosos con topacios celestiales
Tejer para una corona; ¡a tí Madre de mi Dios!
Y ofrecerte al mismo tiempo que mi humilde pobre ofrenda
La plegaria balbuciente que es mi más querida prenda,
El más rico patrimonio que cantar puede mi voz!

Yo quisiera, Madre mía, que del seno de mi alma
Cuando goza placentera de las dichas de la calma
Se elevara la plegaria: ¡la oración tierna y feliz!...

Yo quisiera, en fin, María, que vencido ante tu planta,
Que cautivo ante ese rostro, que a los ángeles encanta,
Te rindiera mis amores, ¡oh Divina Emperatriz!...

Yo quisiera ser el ave que cruzando el firmamento
De la tierra maldecida ya no oyera ni un lamento
Y cantar con alegría en la inmensa soledad!

Y que en el canto me elevara con seráfica poesía
Hasta el trono de oro y nácar, donde brota la ambrosia,
La ambrosia de los cielos, de sublime Majestad!

Porque incierta es esta vida; son fugaces sus delicias;
Los mundanos pasatiempos, de la dicha las caricias,
Los encantos de la suerte; ¡ay cuán poco han de durar!

Pasarán pronto estos años de placer y de alegría
Donde amantes conocimos las bondades de María;
El amor tan tierno y grande, la afección tan maternal!

Y vendrán muy luego días de acerbísimos dolores
Y en el hondo del pecho sentiránse los clamores
De la lucha siempre ardiente que es forzoso sostener.

¿Mas que puede el negro infierno, ¡oh, dulcísima Señora,
Contra quien aplasta heroica de la sierpe seductora
La cabeza que contemplo sojuzgada por tu pie?

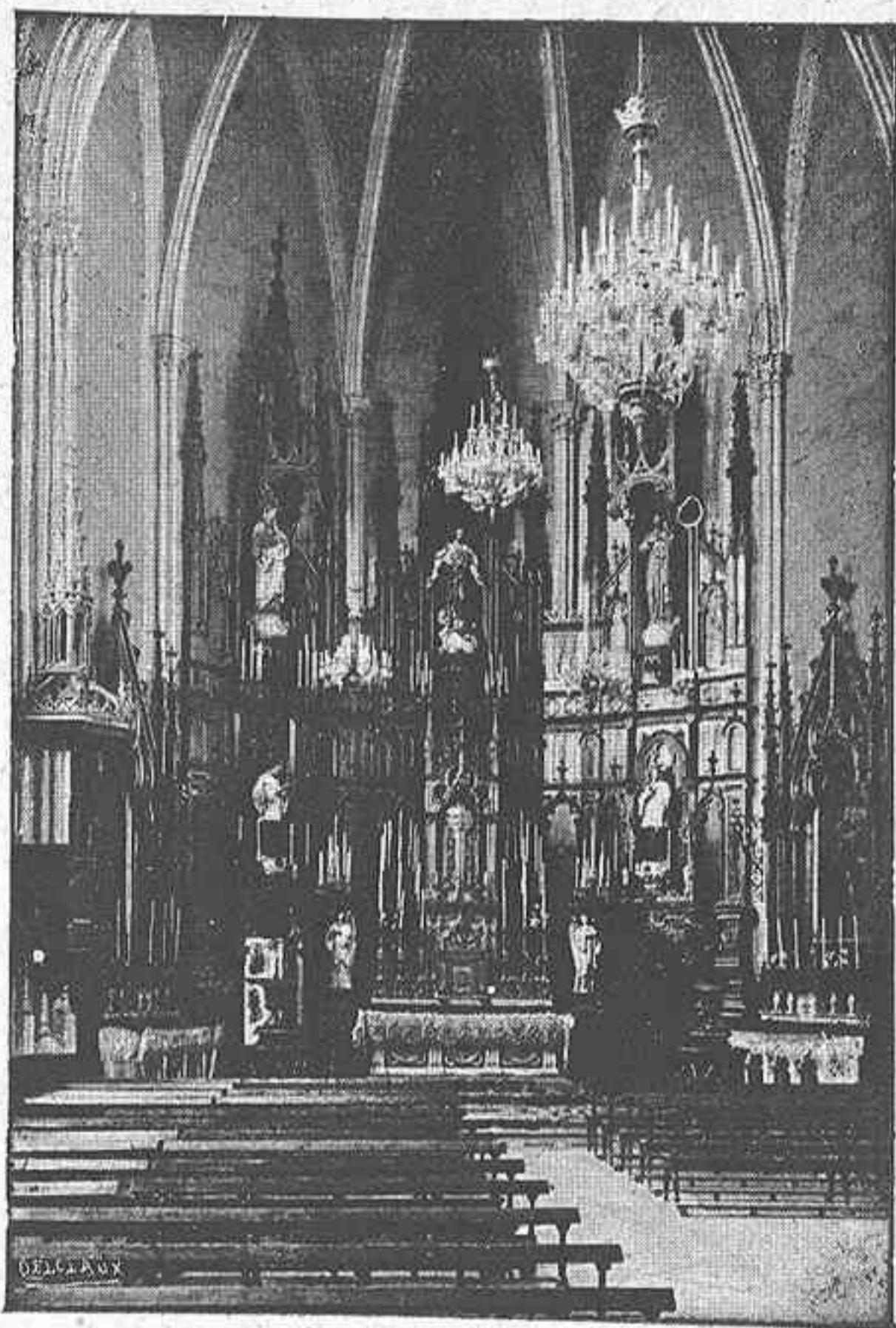
Si sentimos en el alma el aliento del pecado,
Nuestro pecho si se siente por la pena sojuzgado
O encendido por el fuego de torpísima pasión...

¡Dirijamos nuestros ojos a la par que el pensamiento
Hacia el alto empireo trono, de María al regio asiento
Desde donde nos envíe su materna bendición!

Juan J. Murtagh Langan

Congregante

Colegio del Salvador.—Buenos Aires



Universidad de Deusto.—Capilla de los alumnos

NOTICIAS DE LOS COLEGIOS

COLEGIO DEL SALVADOR

Buenos - Aires

Los jueves en el "Stadium" del Parque de Palermo

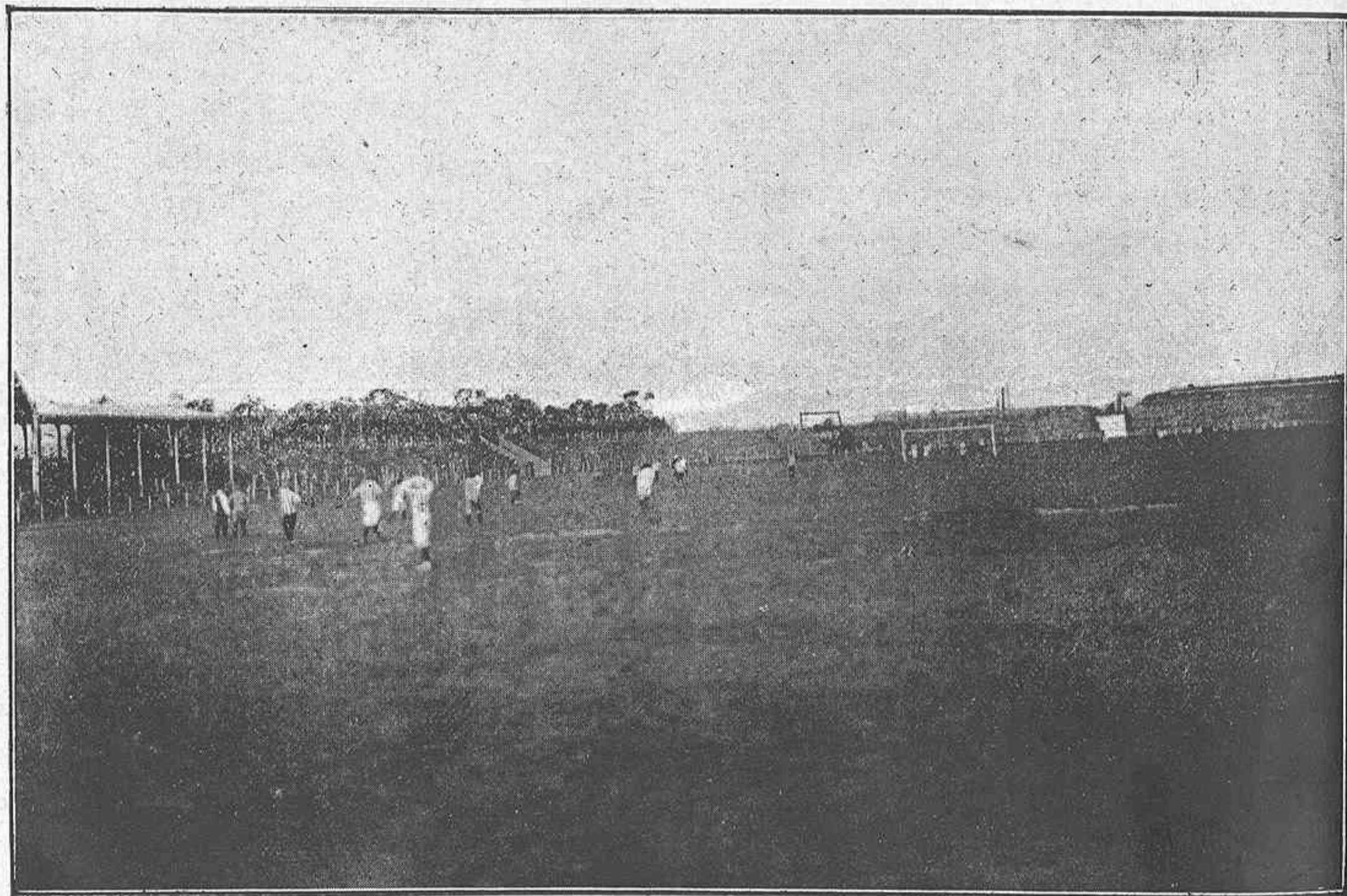
A pesar de los grandes patios de este Colegio, no dejábamos de apetecer los alumnos de él, sitios donde nos fuese posible un mayor esparcimiento, y en donde, como se dice, pudiéramos *tomar el aire*, cosa casi imposible de obtener dentro de esta bulliciosa e inmensa ciudad.

Hiciéronse las gestiones convenientes, y el Sr. Intendente de Buenos Aires,

para cualquier ejercicio de *sport*, incluso las graderías cubiertas para el público que quiera presenciarlos.

La segunda brigada fué designada para empezar. Erase el jueves, 3 de Abril. A la una de la tarde nos hallábamos todos sus alumnos en las aceras del Colegio, esperando el tranvía reservado, al cual asaltamos con el bullicio natural de setenta niños que iban a divertirse muy a su placer.

Llegamos, nos vestimos el traje de *foot ball*, y armados de todos nuestros pertrechos bélicos, tomamos posesión del campo. No hay que decir que la tarde se nos pasó en un soplo. ¡Aquello es jugar! Se acercaba tristemente la hora de partir, cuando he



Buenos Aires. — Colegio del Salvador: En el Stadium de Palermo.

Dr. D. Arturo Gramajo, llevado de su benevolencia a nuestro Colegio, le otorgó el uso exclusivo, para las tardes de los jueves, de la dilatadísima explanada de propiedad municipal, que se halla en el parque público denominado «Palermo», y en donde se encuentran todas las comodidades apetecibles

aquí que cae, como llovido del cielo, nuestro querido P. Rector, el cual fué saludado con un estruendoso ¡viva!, y con otro más estruendoso todavía, cuando nos anunció que íbamos a merendar allí mismo.

De entonces acá, se han ido sucediendo las expediciones de las diferentes brigadas,



Colegio del Salvador: Buenos Aires.—Alumnos de la tercera Brigada en traje de sport.

quedándoles siempre a todos los que van, el deseo de volver.

Ulises D. Sala,

Edil de la 2.^a Brigada y Congregante.



Colegio del Sagrado Corazón

Sucre - Bolivia

Sucre, 17 de Diciembre de 1915.

A nuestros compañeros Congregantes de Gijón

Mis queridos Hermanos Congregantes: Apenas os habrá llegado la carta de nuestro Congregante, Rafael Gómez, que os enviaba una relación de la edificante muerte de nuestro compañero, Juan Tapia, cuando ya tenemos otra vez el triste consuelo de entretenernos con otra nueva relación parecida a esa.

Aun estaba fresca en nuestra memoria la imagen de nuestro querido Juan Tapia, que volara al cielo el 6 de Octubre, cuando nuestra querida Madre, la Virgen Santísima, ha vuelto a escoger otra flor de su jardín de Sucre, para su bello jardín del cielo. Porque también en miércoles,

el primero de Diciembre, en la novena de su Inmaculada Concepción, llamó para sí a otro de nuestros buenos compañeros, a Humberto Sosa Vargas. Sí, lo podemos afirmar sin miedo de ser desmentidos por nadie de los que han conocido a nuestros queridos difuntos Juan Tapia y Humberto Sosa Vargas: eran dos alumnos congregantes, modelos de piedad, aplicación y conducta en el Colegio. Ya habeis oído la relación de la santa muerte del primero; tengo el consuelo de poder referiros ahora algunos datos edificantes de la no menos santa del segundo.

Humberto Sosa Vargas, natural de Tupiza, acababa de cumplir catorce años de edad. Estaba terminando el tercer curso de instrucción media, en el que se había aventajado por su constante aplicación, hasta merecer en una de las concertaciones mensuales el premio de *excelencia*.

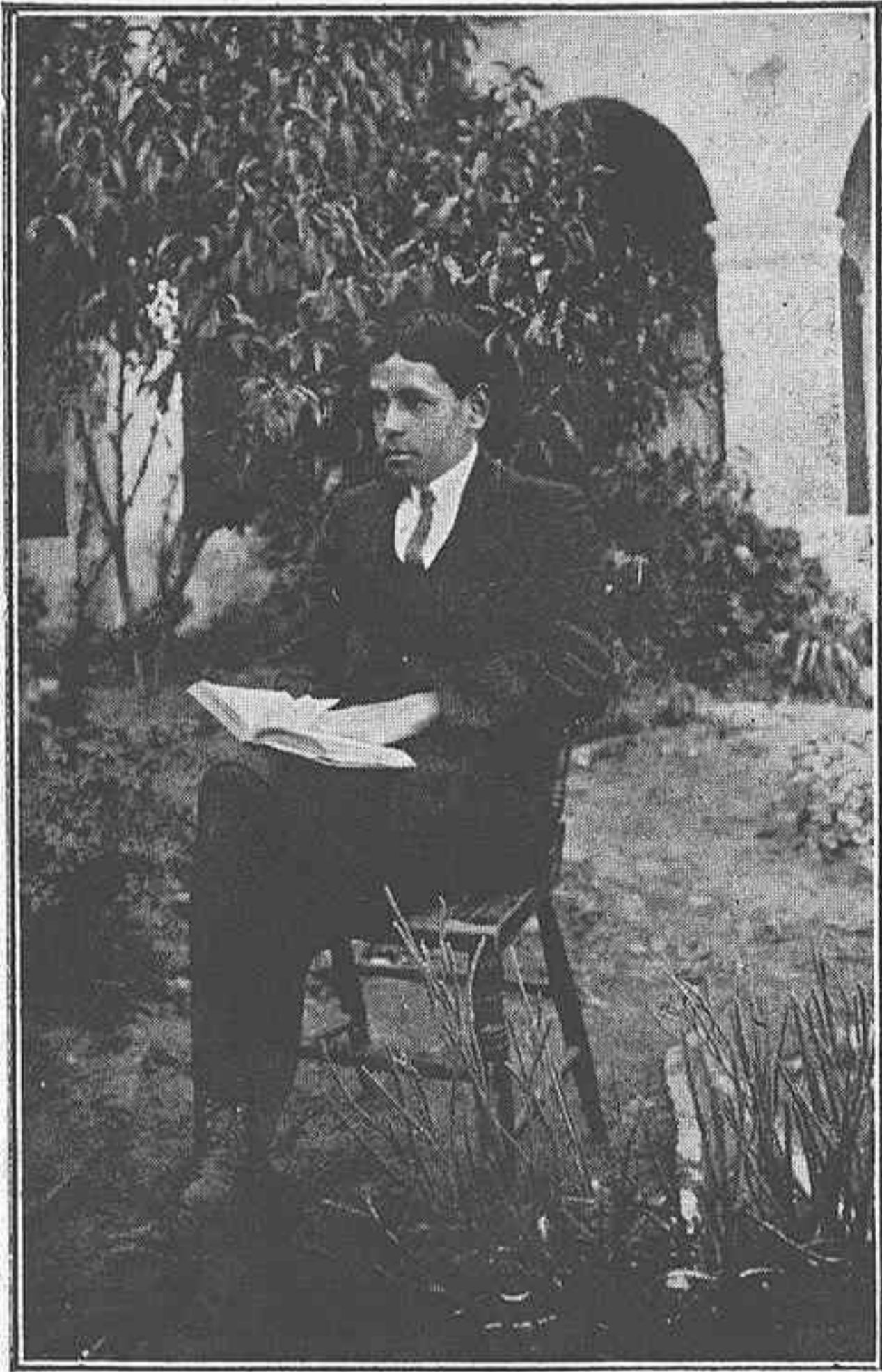
Ya se preparaba con igual ánimo y asiduidad a coronar con brillantes exámenes las labores del curso, cuando la enfermedad de tuberculosis lo vino a postrar en el lecho del dolor, del que no había de levantarse más.

De carácter bondadoso y bien inclinado, había sido siempre Humberto un buen

alumno, piadoso y aplicado. Mas fué en este año, el último de su vida, en el que dió mayores pruebas de piedad, aplicación al estudio, y sobre todo de su devoción a María Santísima, como fiel congregante suyo.

Según nuestro Padre Director, que era su confesor, la Divina Providencia hizo que fuese admitido en el internado, para ir con más suavidad disponiendo esa alma y purificándola cada día más durante todo el curso, mediante la recepción diaria de los Santos Sacramentos, a ser digno habitante del cielo. Y tal fué su pureza de conciencia, que afirma el Padre Director no haber hallado en varias ocasiones apenas materia de absolución; y esa pureza de conciencia fué en aumento en los dos meses que duró la enfermedad.

Un día, reprendiéndole su mamá, que desde los primeros días había venido desde Tupiza a asistirle, porque no quería tomar el alimento, le dijo con mucha mansedumbre: «¿Por qué te enojas, mamá? Yo no te he faltado; no es que no quiero obedecer; es que no puedo tomar el alimento.»



D. Humberto Sosa y Vargas

A insinuación del Padre Director, su confesor, hizo un voto al Santo Niño Jesús de Praga, pidiéndole la salud, prometiendo publicar la gracia, si la alcanzaba, y dar

una buena limosna a la Obra de la Santa Infancia en honor del Santo Niño Jesús de Praga. Mas aunque deseaba sanar y así se lo pedía a Nuestro Señor, todavía estaba muy resignado a morir y repitió muchas veces el acto de aceptación de la muerte, cuando Dios Nuestro Señor fuese servido mandársela.

El único motivo que tenía para no comulgar cada día en su enfermedad, era que no podía estar sin tomar algo y que sus dolores no le dejaban atender bastante a Nuestro Señor cuando le viniese a ver en la Comunión. Sin embargo, recibió a Nuestro Señor varias veces durante los dos meses de la enfermedad que pasó en el hospital.

Pocos días antes de morir, dice a la Madre Superiora del hospital:

—Estoy descontento, Madre.

—¿Por qué, hijo mío? Será sin duda porque no te lleva todavía Nuestro Señor al cielo?

—Sí, Madre, contestó Humberto, ya quiero irme.

La última noche que aún vivió, del martes al miércoles, primero de Diciembre, pidió a su madre colocara la imagen del Santo Niño Jesús de Praga delante de sus ojos, y luego juntando sus demacradas manos y mirando al Niño, le decía: «Padre mío, ya que no quieres sanarme, llévame al cielo.»

Sólo una pena tenía, y era cuando veía llorar a su afligida madre, y así las últimas palabras que su lengua ya trabada pudo pronunciar fueron: «No llores, mamá.»

Viendo la Hermana que le asistía, que llegaban los últimos momentos, mandó avisar al Colegio para que fuese a asistirle el Padre Bleusé, su confesor, que estaba en Ejercicios.

Fuése el Padre al hospital a las once y media a. m. y encontró a su amado hijo ya en agonía, y aprovechando la opinión que permite repetir la Extrema Unción, que ya había recibido semanas antes, se la administró de nuevo.

Dió Humberto alguna leve señal con los ojos de advertir lo que se le estaba haciendo. A las doce y veinticinco minutos entregó su bella alma a Dios Nuestro Señor por manos de su Madre, la Virgen Inmaculada.

El día siguiente todos los Padres del Colegio ofrecieron la santa Misa por el descanso eterno de nuestro querido hermano Humberto, que murió teniendo al cuello la

medalla de la Congregación, que él mismo había pedido. Como estaban en Ejercicios los Padres del Colegio, sólo pudo ir al Hospital a celebrar la Vigilia y Misa solemnes el Padre Director de nuestra Congregación.

A las cuatro de la tarde, acompañaron los restos de Humberto al cementerio los dos Padres que no se hallaban en Ejercicios, aunque los estaban dando:

Esto es, queridos Hermanos Congregantes, lo que me ha parecido escribir acerca de nuestro inolvidable Humberto

Sosa. Ojalá pueda pronto entreteneros con alguna relación de la Veneranda Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que se venera en nuestra capital, y otras varias cosas que den a conocer un poco nuestra ciudad de los cuatro nombres, Chuquisaca, La Plata, Charcas y Sucre.

No os olvideis de nosotros a los piés de la Virgen.

Vuestro afectísimo Hermano en nuestro Señor y la Virgen.

Joaquin Gantier

VARIEDADES

HABILIDADES DE UN REPORTER

Ello ocurrió al final de la guerra del Transwaal.

Los representantes de Inglaterra y de los Boers se habían reunido para una conferencia que debía decidir de la paz, o de la continuación de la guerra. Las autoridades, terriblemente circunspectas durante aquellos días de angustia, habían prohibido estrictamente a todos los periodistas aproximarse a la tienda de campaña en que se tenía la discusión. Pero la línea del ferrocarril pasaba a trescientos metros de allí, y un reporter de Londres había convenido con uno de los soldados, que montaban la guardia, que desde que éste conociese el resultado, se sonaría ostensiblemente al paso de los trenes, sirviéndose de un pañuelo blanco si se trataba de paz, y de un pañuelo rojo si se tratase de continuar la guerra.

Todo el día anduvo nuestro buen reporter haciendo de lanzadera entre las dos estaciones, sin que naturalmente, nadie sospechase lo más mínimo, hasta que por fin tuvo el gozo de ver el pañuelo blanco. En la estación, saltó del tren y corrió al telégrafo. Pero allí le esperaba una cruel decepción: la censura rechazó todos sus telegramas, y, por más hábiles circunloquios que inventó, no logró nada. Sin grandes esperanzas de buen resultado, escribió, por fin, estas palabras: «Salutaciones del domingo de Pentecostés. —Harri.» Y el despacho fué expedido.

En la oficina del periódico, en Londres,

produjo este telegrama un efecto de legítima curiosidad. El redactor en jefe creyó que había habido algún error al transmitirlo, o que se trataba de alguna tontería; pero, más avisado, el secretario de la Redacción mandó traer un devocionario, y, habiéndolo abierto por la página correspondiente al día de Pentecostés, la primera frase que le dió en los ojos fué aquella de «Yo os declaro la paz; se os da la paz.»

Una hora más tarde aparecía una edición especial del periódico, y el público inglés tuvo la feliz nueva antes que los principales interesados del Vaal.

Desenlace inesperado

Aunque no enteramente nuevo, es curioso el siguiente lance.

El redactor jefe de un diario de Roma recibió la siguiente carta:

«Muy señor mío: Considerando que a un miserable como V. no está bien abofetearle, tengo el gusto de hacerlo por la presente. Espero, desde luego, que se considerará abofeteado por mí en las dos mejillas, y me dispensará el no haberlo hecho personalmente.»

«Sin más por hoy, su afectísimo seguro servidor q. b. s. m., etc.»

He aquí la contestación:

«Incomparable adversario: Recibida su grata, debo manifestarle que, conformándome con lo que me dice, le agradezco profundamente la atención de abofetearme por carta en vez de dirigirme una porción de bofetones reales y efectivos.»

«No obstante, me creo en el deber de

añadir que, no siendo yo hombre para soportar con indiferencia que se me abofetee, respondo a su agresión mandándole por escrito seis tiros de revólver.

«Espero, pues, que, al leer esta carta, me hará el obsequio de darse por muerto.

«Saludo respetuosamente a su cadáver de V.

«Esto es cuanto tiene que manifestarle su afectísimo s. s., etc.

Memoria prodigiosa

Temístocles conocía los nombres de todos los habitantes de Atenas, lo que le sirvió de poderoso medio para el recuento de sus soldados después de vencer a los Persas en Salamina.

Mitridates hablaba veintidos lenguas, correspondientes a cada una de las naciones en que mandaba.

Scipión conocía a todos los habitantes de Roma.

Séneca se quejaba de que envejecía, porque no podía repetir, como antes lo había hecho, 2.000 nombres en el orden en que se leían, y aseguraba que siendo estudiante había repetido doscientos versos inconexos lo mismo al derecho que al revés.

Simplicio, amigo de san Agustín, recitaba la Eneida al revés y sabía de memoria las obras de Cicerón.

Avicena, célebre médico árabe, sabía a los 10 años el Korán.

El célebre *Juan Pico Mirandola*, a la edad de 18 años hablaba correctamente veintidos lenguas y repetía hasta dos mil palabras inconexas que se le dirigiesen; y en leyendo tres veces un libro lo retenía con entera fidelidad.

José Escalígero, aprendió en tres semanas la Iliada y la Odisea y en cuatro meses las obras de los poetas griegos.

Alonso Madrigal (El Tostado) Obispo de Avila, sabía la Biblia entera de memoria y casi toda la Summa de Santo Tomás.

Justo Lipsio, sabía de memoria casi todas las obras de Cicerón, y repetía los cinco primeros libros de la *Historia de Tácito*, suplicando de antemano a los oyentes le hundiesen un puñal en el pecho si cometía alguna equivocación.

El Eximio Doctor, *Francisco Suárez*, llegó a aprender de memoria las obras de San Agustín que compone once volúmenes en folio.

Leibnitz recitaba a Virgilio palabra por palabra.

Bossuet, no sólo podía recitar a Virgilio y a Horacio, sino la Biblia entera.

Magliabechi, bibliotecario de Cosme III de Toscana, no sólo recordaba el contenido de un libro, si lo leía una vez, sino que decía la página en donde estaba tal o cual frase.

Mozart tenía una prodigiosa memoria musical. A la edad de 14 años fué a Roma para asistir a las fiestas de Semana Santa. Apenas llegó, se trasladó a la capilla Sixtina para oír el famoso *Miserere* de Allegri. Mozart sabía que era imposible obtener una copia de aquella preciosa partitura, pero fijó su atención en lo que oía y al salir del templo lo escribió todo. Al día siguiente cantó el *Miserere* entero en un concierto y causó tanto efecto en Roma, que el Papa Clemente XIV hizo se le presentara inmediatamente músico tan prodigioso.

El Cardenal *José Mezzofanti*, muerto en Roma el 14 de Marzo de 1849, hablaba 58 idiomas con sus respectivos dialectos y se entretenía en conversar con los peregrinos que llegaban a Roma citándoles los modismos y términos más vulgares de cada región.

El P. *Balling S. J.* hablaba y escribía correctamente más de 50 idiomas.

De *Marcelino Menéndez y Pelayo* se cuenta que, siendo universitario, no podía escribir los apuntes de los profesores en cátedra por su dificultad de escribir, más al llegar a casa escribía, sin que discrepase en nada, cuanto en clase se había dictado.

Consulta

—¿Qué opina usted de los *cines*?

—Concrete usted un poco esa pregunta. Porque en general ya está respondida mil veces, y se ha estudiado la cuestión admirablemente por todos sus lados, artístico, fisiológico y moral.

Usted querrá decir qué opino de los *cines* de.....

Eso mismo.

—Pues le diré a usted; hablando *en general*, opino que son una indecencia, una provocación a lo más pecaminoso.

—¿Sin excepción?

—Le he dicho a usted, que *en general*.

—¿De manera que no se puede acudir a ellos?

—Eso usted lo sacará, si es cristiano.

—¿Pues cómo los recomiendan en la Prensa?

—Eso mismo quisiera yo preguntárselo

a usted: pero en ese punto nos vamos curando de espantos.

—¿Y cómo van personas buenas y hasta piadosas?

—Es lo mismo que si me preguntara usted como se embriaga D. Fulano, que es ¡persona honradísima! Pues dejando de ser honrado, arrumbando por un momento ese trasto viejo que llamamos honradez, para cogerlo cuando haga falta para algo.

—¡Esas son exageraciones!

—Le diré a usted: el más exagerado de todos es Dios Nuestro Señor,—supongo que usted cree en él y tiene la doctrina cristiana.—Pues bien: el más exagerado es Dios, porque al que consiente en un solo pensamiento impuro, le arroja a las llamas del infierno.

—Y ¿quién le ha dicho a usted que se consiente...?

—Usted se imaginará que está hablando con un lelo?—Cuando apesta el ambiente, es señal de podredumbre: cuando veo el humo, digo con certeza: ¡Hay fuego! ¿Y me negará usted que en los cines apesta? ¿que hay mucho, muchísimo humo?

—Y ¿qué hacer?

—Lo que decía el gitano: No *dir*.

—Y ¿qué hago yo con no ir yo, si los demás van?

—No pecar aunque los demás pequen: no condenarse, aunque los demás se condenen.

—Pues ¿a dónde vamos a ir?

—¡Eso usted lo verá! Vaya ¡a paseo...!

—¡Eso es muy duro!

—Más duro será condenarse!

—Usted todo lo arregla con el infierno!

—Si es medicina eficaz, ¿por qué no? Con no acordarse de él, no apagará usted sus llamas.

—Es que... vamos... yo creo que no es para tanto!

—Pues mire, yo creo que es para mucho más que para dialogar en broma. Porque el asunto es muy serio, y están perdiendo la inocencia innumerables niños, y el pudor muchísimas jóvenes, y se va llegando a una procacidad tan grande, que no se repara ni aun en reproducir las escenas más infames y anunciar carteles indecentísimos, capaces de enrojecer las paredes. Y lo que se permiten los espectadores a media luz y con la provocación de tales escenas, no es para escrito, porque se avergonzaría este papel. ¿Habría todavía quien pregunte qué hay de malo?

—!!!!

—Y lo que sucede en este punto está sucediendo a proporción en todo lo demás. Porque tenemos escándalos en cada esquina. Y ¿no hemos de hablar?

!!!!

—Bueno, bueno! conque... quedamos en que soy muy exagerado, y más exagerados son todos los Doctores de Teología Moral, y más exagerado... sí, el más exagerado de todos, ¡Dios Nuestro Señor!

El Cuco.

HOLGAZÁN IMITABLE

(HISTÓRICO)

Hace algunas semanas mis negocios me llamaban a Lima. Apenas desembarco, me encuentro con el amigo Bernard, al que no veía hacía cuatro años.

Sin duda no conocéis a Jorge Bernard. Pues bien: figuraos un buen mozo de talla hercúlea y de miembros de atleta, llevando con orgullo el uniforme de teniente de navío.

Reunid a eso modales de príncipe un rostro de los más agradables, y tendreis una idea del amigo con quien pasé aquel día.

A la tarde nos encontramos en el andén de la estación, esperando la hora de la partida del expreso, cuando vimos pasar un sacerdote de elevada estatura y bello rostro, algo agobiado por la edad y las fatigas, que llevaba una luenga barba.

De pronto mi amigo me dijo:

—¿Ves ese religioso? Creo conocerle. Sí, él es: un misionero que he conocido en penosas circunstancias. Apresuremos el paso: quiero alcanzarle.

En este momento el sacerdote pasaba por delante de uno de los cafés situados en la vasta calle. Cinco o seis jóvenes, al ver al sacerdote, se pusieron a insultarle.

—Ved, ¡ahí va otro de esos cobardes botarates!

—¡Cuál! ¡Cuál!

—¡Holgazán! ¡Ni siquiera tiene el valor de cortarse la barba!

Al oír estas injurias, Bernard me apretó el brazo hasta hacerme gritar.

—¡Pardiéz! Esta no quedará así; es preciso que yo hable a esos miserables.

Yo traté de calmarle, diciéndole:

—Déjales, hombre. Imita a ese sacerdote: ¿no ves como los desprecia?

—Yo no lo entiendo así; sacerdote y sol-

dado son hermanos; quien insulta al uno, ataca al otro. Espera, voy a darles una lección.

Y ved a Jorge Bernard que se pone a llamar al sacerdote.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!

El religioso su vuelve. Su mirada se fija en la de mi amigo, se reconocen y luego se echan los brazos al cuello en pleno boulevard:

—Padre mío, soy muy feliz en volveros a ver; vais a quedaros conmigo.

—Lo desearía mucho, teniente; pero debo tomar el expreso dentro de cuarenta minutos.

—Dadme al menos el poco tiempo que os queda. Entremos aquí.

—Pero, teniente, pensad en lo que decís; ¡un misionero en un café!

—Estais a más de dos mil leguas de vuestra misión, Padre mío, y no permaneceremos más que un minuto. El tiempo de arreglar una pequeña cuenta.

¿Cómo resistir a la fuerza hercúlea de mi amigo? El sacerdote se dejó llevar, y los tres entramos en lo vasta sala llena de gente.

—Nuestros atolondrados están ahí—dijo mi amigo, inclinándose hacia mí, y su altiva mirada examinaba todos los grupos, cuando oyó estas palabras pronunciadas a media voz:

—Mira, ahí tienes al holgazán. ¡Vamos a reírnos!

Bernard tomó una mesa inmediata a aquella en que se habían instalado los jóvenes insultantes.

Hizo sentar al Padre entre él y yo; se quitó el sobretodo, dejando así descubierto su uniforme de teniente de marina, puso sobre la mesa el cinturón y dos soberbios revólvers, y exclamó con voz fuerte:

—Hace calor aquí, Padre mío, pero no tanto como el día que os arranqué de las manos de los negros en vuestra misión de Joucki.

—No se necesitó más para atraer las miradas sobre nuestro grupo.

Era lo que quería Bernard.

Entonces, levantándose derecho a la mesa de nuestros vecinos, y dirigiéndose a un bobalicón que parecía más insultante que los otros, le interpeló directamente:

—Diga usted, caballero, ¿quién es usted para atreverse a insultar a este sacerdote?

¿Le conoce usted para tratarle de cobarde y de holgazán? Sepa usted que si aquí hay algún cobarde no es él ni yo.

—Pero, ¿quién le dice a usted nada?

—Es usted a quien me dirijo yo, Jorge Bernard; ha insultado a mi digno amigo y debo vengarle.

Oyendo estas palabras, el joven palideció y

empezó a temblar visiblemente.

—¡Oh! ¡No tema usted!—dijo Bernard,—no sacaré la espada contra un miserable! Pero le hablaré del hombre a quien ha insultado en mi presencia.

—Teniente—dijo el misionero, tratando de interrumpir a mi amigo,—la hora avanza, dirijámonos a la estación.

—Al momento, Padre mío, tenemos tiempo.

Y dirigiéndose a los jóvenes, que no reían ya, continuó:

—Pues bien; sabed que este humilde sacerdote, que habeis tratado de cobarde, era en 1870 capitán de un Regimiento de caballería, donde hizo sus pruebas gloriosamente. Herido dos veces; abandonó el sable por la Cruz, y después, elevando bien alta esta nueva arma, no ha temido bajo las órdenes de León XIII, dejar familia, patria, todo, en fin, para otros combates en las llanuras del Africa Austral.

Tres veces el Padre Luis ha visto de cerca el martirio, y cuando hace dos años tuve la felicidad de arrancarle a una muerte cierta, ¿sabeis lo que me respondió ese hombre de corazón en el momento en que quise llevarle a mi buque? Escuchad su respuesta, señores, y cuando tengais el valor de dar una semejante delante de la muerte, os saludaré bravos. Escuchad:

—Hijo mío—me dijo,—estoy reconocido por vuestra oferta, y sobre todo por lo que acabais de hacer por un pobre misionero. La muerte espera, sin duda en esta tierra de esclavitud; pero no se dirá que el Padre Luis deserta ante el martirio. El Papa me ha confiado una misión sagrada, y la cumpliré, si es necesario, al precio de mi sangre. Si yo siembro en el dolor, mis sucesores recogerán en la alegría. Señores, a vosotros os toca juzgar dónde está el poltrón y el cobarde.

Terminando Bernard, besó la mano del misionero, en cuyos ojos asomaba una lágrima.

El auditorio improvisado estaba ganado. Muchos se levantaron y fueron a estrechar la mano al Padre Luis. Uno de ellos, joven todavía, llevó a más la reparación.

—¿Sin duda el Padre ha venido a Francia a recolectar para su misión?—le dijo.

A un signo afirmativo del sacerdote, el joven tomó su sombrero y recorrió la reunión.

—¡Para los misioneros de Joucki—decía,—y vació enseguida el producto de su colecta en la bolsa del P. Luis, que le bendijo, diciéndole:

—He aquí la primera vez que recojo limosna en un café.

Recuerdo de un Centenario

1814-1914

Homenaje formado con escritos en lengua castellana de algunos Jesuitas de este primer siglo, por el P. Quintín Pérez, S. J.

Se ha recibido en esta redacción la obra que con el título indicado acaba de editar la casa Herederos de Juan Gili, Barcelona.

Laudabilísimo es el pensamiento que presidió esta obra, a saber: presentar a los inteligentes una muestra, nada más, de los esfuerzos hechos en favor de la literatura por la Compañía de Jesús desde su restauración a nuestros días, o sea, desde 1814 a 1914.

No es, por lo tanto, la obra que anunciamos, un Tesoro, ni una Colección, sino un mero Homenaje. Andaría por consiguiente equivocado quien, al ojearla, creyera que es un resumen acabado de cuanto en el ramo indicado ha hecho la Compañía de Jesús de lengua española en el último siglo de su existencia.

La Compañía de Jesús puede presentar otros trabajos literarios y recabar para sí otros méritos que los que se desprenden de los escritos aquí coleccionados. Así lo hace constar el autor en el erudito y elegante prólogo con que encabeza esta obra.

Divídese el Recuerdo en tres partes publicadas en tomos separados y que llevan estos títulos respectivos: *Narraciones, Oratoria, Poesías.*

Comprende el tomo primero trabajos de diez autores; de trece el segundo, y el tercero de veintidos; y todos ellos son dignos de figurar en una obra de la índole de la presente.

No es temerario asegurar un gran éxito a esta publicación, por lo que felicitamos a su autor, P. Quintín Pérez.

Véndese en la librería de Herederos de Juan Gili, Cortes, 581. Barcelona.

MUDAR DE OPINION.

Por Doña Micaela de Peñaranda y Lima. — Un volumen de 19 y medio por 13 centímetros, y 170 páginas.

La benemérita casa editorial *Librería Religiosa* (de Barcelona, Aviñó, 20), nos ofrece en este volumen una novelita y tres narraciones cortas de la conocida escritora D.^a Micaela de Peñaranda y Lima.

Campean en estos trabajos literarios, la placidez y naturalidad que, junto con la pureza de doctrina, tanto avaloran las producciones de la distinguida escritora.

Con provecho pueden leer esta nueva obra los que, yendo en busca de lecturas amenas, son bastante cautos para evitar los escollos de la inmoralidad y del error, por desgracia no poco frecuentes en libros de esta índole.

LAS PARÁBOLAS

Por el P. Manuel Sainz, Profesor de S. Escritura en el Seminario Pontificio de Comillas. — "Mensajero del Corazón de Jesús." Bilbao.

Aunque seamos los últimos en anunciar esta obra del docto profesor de la Universidad Pontificia de Comillas, no lo somos en admirar su mérito y en reconocer los conocimientos que supone.

No es este libro, como alguien pudiera suponer, una serie de narraciones evangélicas, más o menos arregladas al gusto de nuestra época, sino un estudio científico de las Parábolas, que se califican, exponen y comentan con criterio seguro y pasmosa erudición.

Además del Tratado acerca de la naturaleza, fin y materia de las Parábolas con que se encabeza la obra, y del con que a manera de epílogo lo termina, contiene ésta cuatro partes, que se subdividen en doce secciones, de las cuales tres corresponden a la primera; una a la segunda; cuatro a la tercera, y otras cuatro a la última.

La primera parte trata de la fundación y discernimiento de la Iglesia; la segunda de su naturaleza; de su desarrollo y perfección la tercera; y la cuarta de su consumación.

Es toda la obra fruto de prolongados estudios hechos sobre los textos originales, versiones más autorizadas y comentarios más respetables de las Parábolas Evangélicas.

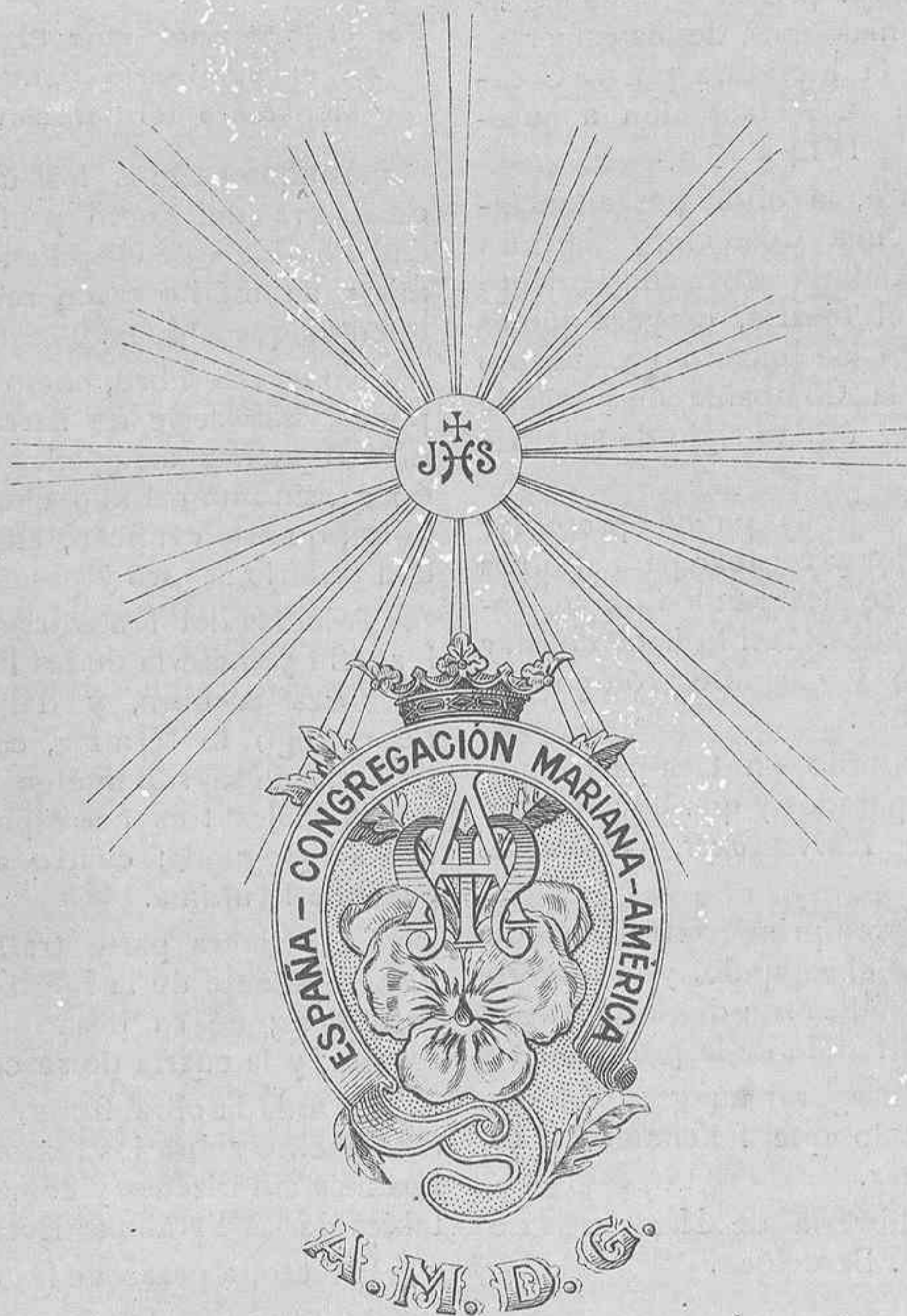
Por eso, a pesar de las exigencias del público en escritos de esta índole, y a pesar de la altura que hoy alcanzan los estudios Bíblicos, la obra del P. Sainz puede figurar entre las mejores de su clase.

Los Párrocos, para sus homilias, y en general todos los oradores sagrados, tienen en esta obra un auxiliar poderoso para llegar al pleno conocimiento de una parte tan importante del S. Evangelio, como son las Parábolas.

PAGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

PARA JÓVENES ESCOLARES



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA			ULTRAMAR	
<i>Un año.....</i>	<i>6</i>	<i>Pesetas</i>	<i>Un año.....</i>	<i>7</i> <i>Pesetas</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,60</i>	<i>»</i>	<i>Número suelto.....</i>	<i>0,75</i> <i>»</i>
COLECCIÓN COMPLETA:			COLECCIÓN COMPLETA:	
<i>Cada año.....</i>	<i>4</i>	<i>»</i>	<i>Cada año.....</i>	<i>5</i> <i>»</i>

FRANQUEO CONCERTADO

Colegio de la Inmaculada, Apartado 32.—GIJÓN